

ASUNTOS DE FAMILIA

De rey de la casa a tirano. De objeto de adoración de los padres a déspota, chantajista y, en el peor de los casos, agresor.

Un mal de nuestro tiempo que cada día preocupa más a padres y educadores. No en vano **el conflicto suele empezar en el hogar, pero muy a menudo continúa en clase.** Hasta un 30 por ciento de los alumnos ha sido en alguna ocasión agredido o agresor

Cuando el niño es un tirano

TEXTO: JUAN FRANCISCO ALONSO FOTO: MICHAEL POLE/CORBIS

Basado en un hecho real. El niño, doce años, hielo en las pupilas, mira desafiante a su madre y tira la bomba: —O me compras la Play o me tiro a un coche.

La madre se queda sin palabras, blanca como la pared de un hospital. Trata de razonar. «Ahora no podemos. Quizá cuando llegue tu cumpleaños». La tregua dura un suspiro. El niño da un paso al frente y salta al infierno del tráfico. Afortunadamente, el conductor lo ve, estrangula el freno, el vehículo se detiene a un metro del pequeño. Cuando la madre se sienta en la consulta del psiquiatra admite lo evidente: —No podré negarle nada.

Hay niños que lo exigen todo, que lo quieren ya. Tiranos. ¿Quiénes son? «Niños que imponen su voluntad y crecen con esa actitud, sin respetar a los demás», explica José Ramón Gutiérrez Casares, jefe

Son intolerantes y caprichosos, con muy poca capacidad de manejar la frustración

La Fiscalía del Estado y otros estudios prueban el aumento de agresiones hacia los padres

del Servicio de Psiquiatría Infantil del Hospital de Badajoz. «Niños intolerantes, con muy poca capacidad de manejar la frustración», añade Francisco Javier Quintero Gutiérrez del Álamo, especialista en psi-

quiatria. Por la consulta que dirige junto a su padre, en Madrid, pasan niños difíciles desde hace treinta años. «Antes había casos de este tipo, pero quizá con menos intensidad, con menos frecuencia».

Las escuelas de padres, los pediatras y psiquiatras se enfrentan a un mal de esta sociedad que parece ir en alza. «El niño empieza a decir no, a reclamar su nivel de autonomía, a los dos años, o antes», señala Gutiérrez Casares. «Entonces la pelea con el adulto es casi un juego, pero los padres deben saber controlar esas rabietas. Hay que ignorarlas. Si les haces caso, el "tirano" evoluciona y espera que el sistema social le haga caso igual que se lo hacen sus padres». El doctor Quintero, para quien el listón no es tanto la edad como «la intensidad del problema, la evidencia de conflictos desproporcionados»,

añade que hay que educar ese carácter desde la lactancia. «A medida que pasa el tiempo es más complicado retroceder. Nos encontramos con un adolescente que hace lo que quiere, cuando quiere y como le da la gana. Un problema de verdad, tal vez irresoluble».

¿Qué tipo de padres convive con estos pequeños déspotas? El jesuita Lluís Armengol, fundador hace treinta años de la Escuela Activa de Padres del Clot (Barcelona), ha conocido a muchos. «Son sobreprotectores, de los que cuando no hay que jugar a su niño en el parque van a la tienda inmediatamente a comprar un igual. No hay que tener miedo a frustrarles. Si piden algo que no se cree conveniente, no hay que dárselo. Antes los padres eran autoritarios, y eso era malo. Pero el otro extremo tampoco es mejor. A veces, cuando los padres quie-

ren imponerse es demasiado tarde: los adolescentes ya les han puesto la mano encima».

La Memoria de la Fiscalía General del Estado, presentada el miércoles, alerta sobre el incremento de agresiones de hijos hacia padres. Y un informe del Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia asegura que entre 1997 y 2000 la estadística de padres maltratados por sus hijos engordó un 60 por ciento. «Hay padres muy comprometidos con la educación de sus hijos y otros que no se dan cuenta del problema hasta que no estalla, y en ese momento, a veces, ya se ha llegado a la violencia», afirma el doctor Quintero. «Hay chicos con los que trabajamos sólo con el objetivo de minimizar daños, chicos que tienen un pronóstico muy sombrío».

Aulas difíciles

A veces, no siempre, el «niño difícil» en casa también lo es en el colegio. Rosario Ortega Ruiz, catedrática de Psicología de la Universidad de Córdoba, rastrea desde hace diez años la violencia en la escuela. «Hace poco más de una década que los investigadores empezaron a ocuparse de estos niños violentos, abusones. No tenemos documentación de lo que ocurría antes. Algunos de ellos, cuando llegan a la escuela están fuera de control. Son déspotas que mandan ("tú no juegas"), exigen ("dame tu dinero"), amenazan ("si se lo dices a la profesora te pegamos")». Dice Ortega que los casos graves aún son relativamente pocos, menos de un 5 por ciento en primaria y de un 2,5 por ciento en secundaria, por debajo de otros países. «Sin embargo, las cifras de los que alguna vez han sido víctimas de extorsiones, de "tiránias", de cierta violencia, son homologables: entre el 25 y el 30 por ciento de los alumnos».

Hay niños tan acostumbrados a imponer su voluntad que pueden convertir sus casas en un infierno. «Han au-

Los padres que están poco tiempo en casa tratan de darle todo: lo que el niño quiera, cuando quiera. Un error

La amenaza de suicidio es una de las manifestaciones más dramáticas de esta alteración del carácter

mentado las agresiones, sobre todo verbales —admite Gutiérrez Casares—. Y no es raro que causen una separación. O la pareja es muy segura o la convivencia termina por quebrar, por afectar a los hermanos menores. Algunos padres envían al pequeño a un internado, al extranjero, para alejarlos de casa». Hay niños tan determinados a salirse con la suya que utilizan la amenaza de suicidio como arma.

Basado en un hecho real. Un adolescente, dieciséis años, quiere ir a las fiestas de un pueblo de la sierra de Madrid. Discute con sus padres sobre la hora de regresar a casa. Se traga un puñado de paracetamoles. Acaba en la UVI, con una sonrisa de triunfo cuando cree que ha ganado, con una mueca de terror cuando ve que puede morir.

Para el doctor Francisco Javier Quintero, cuando los padres se encuentran con un hijo de estas características deben preguntarse: «¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Cuál fue el primer pulso perdido entre la paleta del niño y el aguante de los padres?». Los expertos aconsejan un vistazo al cuadro en el que ha crecido el niño. A menudo, los padres pasan mucho tiempo fuera de casa, se sienten culpables porque no atienden al pequeño, son demasiado protectores. En casa, la televisión y los videojuegos tienen mucho espacio y poco control («vea el mismo programa que su hijo, juegue con él en la consola»).

¿Qué hay que hacer? ¿Es útil el castigo? Gutiérrez Casares dice que, más que el castigo, prefiere el premio cuando se hacen las cosas bien. «Hay que poner los límites, y no dejar que el niño se los salte. Hay que hacerle entender una idea: te quiero porque eres mi hijo, pero no me gusta tu comportamiento. No hay pastillitas mágicas, pero los padres que aguantan cambian mucho la conducta del niño».



EL GUINDO

MÓNICA F. ACEYTUNO

LA TELA SOÑADA

Era una tela de flores como el campo cuando nada pretende, un día cualquiera de fondo gris y amapolas rojas. La vi nada más entrar en la tienda, juraría que ya me estaba mirando a los ojos, si es que las cosas nos miran antes que nosotros a ellas.

En realidad yo iba a por un sofá pero, expuesta en la pared, sobre unas espaldaderas blancas, entre rayas y cuadros y cretonas que no decían nada estaba, como un raro paisaje en una ventana abierta, la tela silvestre, espontánea, y ya no quise mirar otra cosa. Me costaba atender a la dependienta, que me enseñaba sofás, claro, y catálogos y medidas y formas mientras, por el rabillo del ojo, la tela y yo nos mirábamos.

Salí de allí con un pedazo del tamaño de una servilleta, más contenta que si hubiera descubierto una isla desierta o una nueva especie de planta. Por fin encontré una tela, pensaba, para los sillones de orejas, que da pena verlos, o vergüenza, o los dos sentimientos al mismo tiempo. Tienen pintados unos pájaros que ya ni siquiera parece que vuelan, entre esa niebla que trae el uso de las cosas, y unas flores desvaídas, cayéndose como por un precipicio en los descosidos de los brazos.

Esta semana se publicó un estudio en el que se cronometraban los minutos que un hombre aguanta de compras. Mi marido, la única vez en la vida que me ha dejado plantada fue en una tienda de telas. No encuentro ninguna. Eso que dicen que dijo Oscar Wilde de que «la naturaleza imita al arte», para empezar, según Gómez de la Serna, es de Pompilio: «Naturaleza imita artífex», y para seguir, al menos en lo que a las tapicerías se refiere, se percibe un gran abismo entre la mano del que pinta la tela y la propia mano de la naturaleza, por más que se imiten. Excepto en la muestra de lino con los tallos de amapolas que me llevé a casa.

Imaginé al sol, y al fuego de la chimenea, la tela con la que pensaba vivir lo que me resta de vida, hasta que me llamaron de la tienda: «Mire, lo siento, tengo que decirle que esa tela ya no se fabrica, no, no van volver a hacerla, no, no sé quien la pintó, no, no me queda en el almacén, lo siento, es imposible».

Y ahora estoy aquí, sentada entre las flores que se caen por los descosidos de los brazos, deshaciendo el sueño de un día cualquiera, de fondo gris y amapolas rojas.



Los expertos creen que desde los dos hasta los cinco años es una edad vital para todo el mundo de la psicología y la psiquiatría